

Cuento: El tercer cuenco

Hace tiempo, en nuestro pueblo, había una mujer que vivió una larga vida, que se dedicaba a hacer utensilios de cerámica. Ella hizo las tazas y vasos con que brindábamos diciendo “salud”, los platos en que comíamos juntos para celebrar algo o para mostrar nuestro apoyo en los malos momentos, y también los cuencos donde ofrecíamos comida a los monjes que nos ayudaban a alimentar nuestras almas. Un día, esta mujer se dio cuenta de que pronto iba a morir, así que decidió hacer sus tres últimos cuencos de cerámica. Los hizo con mucho amor, exactamente iguales y muy hermosos. Durante su último día de vida, mientras yacía ya sin posibilidad de hablar, hubo tres amigos que fueron a su casa y permanecieron a su lado. Los cuencos estaban junto a ella y al lado había una nota que decía: “Por favor, llevaos uno de estos cuencos cada uno”. En cada cuenco había dibujado unos símbolos que significaban: “ojalá que este trabajo continúe siendo útil después de que yo me haya ido”, y ahí empiezan las tres historias de cada uno de los tres cuencos.

La persona que se llevó el primer cuenco pensó que era demasiado bonito para usarlo y lo puso en un estante alto de su casa, junto a otros objetos bonitos. Prácticamente nadie advirtió que estaba ahí hasta que, muchos años después, se rompió accidentalmente mientras alguien limpiaba el polvo y ahí terminó su historia. La segunda visitante de la ceramista era una maestra que se llevó el cuenco a la escuela. A los niños les gustó mucho, lo dibujaron, les inspiró para hacer sus propios cuencos, e incluso hubo varios niños que de mayores terminaron dedicándose a hacer cerámica. Sus dibujos y sus cuencos sirvieron a mucha gente, es decir que este segundo cuenco cumplió su cometido y también dio pie a muchas otras historias antes de romperse.

Yo fui el tercer visitante, y entonces era un joven con poca idea de qué podría hacer con el tercer cuenco para que fuera útil. No tenía ningún estante en casa donde lucir objetos bonitos, ni alumnos con quienes compartirlo y ni siquiera necesitaba un cuenco. Pero el cuenco se puede usar de muchas formas, así que les pedí a los vecinos y amigos que escribieran en un trozo de papel lo que necesitaban y pusieran los papeles en el cuenco.

Cuando leí los papeles, tuve la gran sorpresa de que algunos de ellos en vez de pedir cosas las ofrecían, porque no las necesitaban, así que me dediqué a “unir” las necesidades con las ofertas de una en una. Con el tiempo, ya no cabían más papeles en el cuenco, porque la gente había aprendido a pedir la ayuda que necesitaban y a ofrecer las cosas de las que tenían más que suficiente, así que empezamos a reunirnos para hablar y dirigir la ayuda de todos hacia todos. Esta actitud se ha convertido ahora en parte de la vida cotidiana del pueblo y ya no hacen falta ni el cuenco ni las reuniones.

En este momento, yo mismo he vivido una larga vida, así que es hora de enviar el cuenco a seguir su camino. He decidido dárselo a mi próximo visitante para que encuentre su nueva utilidad. El primer cuenco fue únicamente una visión, el segundo logró todo lo que podía ser, y el tercer cuenco nos cambió a todos. Gracias por tu visita, tú decidirás lo que ocurre a partir de ahora en la historia del tercer cuenco.”